

LA IDEA

S. D.

SEMANARIO REPUBLICANO

Suscripción: { Un año..... 4 pesetas.
 { Un trimestre..... 1 id.
 { Un mes..... 0'35 id.
 Número suelto corriente 0,20; atrasado 0.20.
 Anuncios y comunicados, precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
 Cuesta del Alcázar, 20.—Teléfono 133.

El pago es adelantado.
 No se devuelven los originales aunque no se publiquen.
 De los trabajos suscritos responden los firmantes.
 Toda la correspondencia al director, D. Magdaleno de Castro.

LA RECETA DE MOURISCOT

A juzgar por algunas cosas de la prensa grande, nos encontramos los españoles todos en extremo increíble de decadencia y cretinismo. Habrán leído nuestros lectores sus relatos—puerilmente uimios como dedicados á lectura de niño grande y bobalicón, servilmente cursis—del idilio que ha tenido, por escena, costas españolas y francesas del Cantábrico: no son los amores de dos mozos, seres mortales, de dos señoritos distinguidos; son los amores de un semi Dios, cuya sonrisa alegra al mundo, los de un gran conquistador, por lo menos.

Y hé aquí de donde ahora repentinamente se nos entra la salvación de España. Lo vienen diciendo esos mismos rotativos bien avenidos con el actual estado de cosas, contra el cual, sin embargo, aparentan no cesar de declamar; lo dicen esos mismos políticos cobijados en el seno, para ellos fecundo, de las instituciones; así trabaja el asunto el hoy presidente del Consejo de ministros, elocuente cantor ateneísta de las glorias del Nilo, río inglés y de las bienandanzas de Egipto bajo el protectorado de la poderosa y fecundante gestión inglesa. Lo ha dicho hasta un escritor con pretensiones de regenerador, Jenaro Alas: «para nuestros grandes males no hay remedio en la botica nacional; no queda otra medicina que la receta de Mouriscot».

Demostrado su propio y reconocido fracaso, para justificar la subsistencia del mismo orden de cosas, y con él, la permanencia de ellos en el poder, necesitan asirse á cualquier sombra de pretexto. Lo esencial y perentorio para esos hombres, es conservar el comedero y la influencia oficial. Y vamos tirando.

Antes, según esos doctores de cabecera de este pobre pueblo doliente, el remedio estaba en las esperanzas de la mocedad de un joven, que si por ley natural, inexperto y demás, ya correrían los años y con ellos adquiriría la experiencia y los conocimientos necesarios; es decir, en estos días de crisis y de postración que padece España, en que las horas son años y los años tesoros inapreciables de vida, se nos preparaba, y esto en el caso de mejor acierto, el término de aquella conocida fábula: «al asno muerto, la cebada al rabo».

Hoy no; hoy las cosas van más deprisa; la panacea es más inmediata y segura; hoy, una joven extranjera, una princesa inglesa—no sabemos si por arte de encantamiento, como en las encantadas de los libros de caballería de los tiempos medioevales,—es la receta de los grandes males de España.

Pero no, no es cosa de leyenda, sino de finalidad más positiva; la receta de Mouriscot no es la joven del idilio, no se llama Euna; se denomina protectorado, en términos diplomáticamente menos mortificantes, influencia inglesa.

Hay que decirlo claro; si quiera debe quedarnos la valentía de la franqueza. La receta de Mouriscot es la abdicación de España como nacionalidad independiente de hecho, dueña y señora de sus propios destinos; es el renunciamento de España, á colaborar como individualidad nacional, como raza de caracteres é historia propios, en el concierto de las nacionalidades.

No hay que andar con ambages. Cuando nosotros hemos hablado de un cambio profundo en el ordenamiento de la cosa pública en España, de una renovación completa en el personal y en los procedimientos de gobierno, de una política de cirugía con una orien-

tación definitivamente progresiva y fija; nosotros lo hemos escuchado con nuestros propios oídos; en nuestra propia cara se nos ha contestado, por algunos, amigos del estado actual, de cosas ó de esos llamados neutros, neutros sin dejar de ser fieles servidores del cacique: «desengañense ustedes, sería igual; esto no tiene arreglo; esto, sólo puede arreglario la mano de de una nación».....

Un supremo pudor de españoles nos impide terminar la frase. Pero lo hemos oído, nos ha dado en la propia cara. Lo dicen en palabras más breves y más expresivas. Y esa exclamación y otras análogas, triste, pero forzoso es confesarlo, en las conversaciones familiares son cosa bastante general y frecuente.

Y es que el desacierto de la acción gobernante en España en tradición de cuatro siglos de tremendos errores y desastres, de vergüenzas é iniquidades, coronado por el fracaso vivo y caliente de la obra de la Restauración, manifestado, puesto en evidencia por la reciente catástrofe colonial, han acabado por hacer perder la fe en los destinos nacionales.

Ocho años sin dar un paso en el buen camino, á pesar de la terrible lección del 93; el caciquismo, la política de farsa y trampullería; la incapacidad para la enmienda, de los mismos hombres, partidos y escuelas de gobierno que nos llevaron á la gran catástrofe; la continuación de todo lo fracasado al frente de los destinos del país, acaba por llevar la desesperanza y el excepticismo al ánimo de la generalidad de los españoles, manifestándose de muy diversa manera.

En unas partes, sin duda las más capaces y vigorosas, puesto que protestan, se resuelve en la rebeldía y la protesta; unos, los más, como republicanos, luchan sólo—y son lógicos—contra la actual organización del Estado, gritan: «fuera lo fracasado», «abajo el régimen», «abajo la monarquía»; los otros, que son los menos, se preocupan sólo de su región, no se interesan, no piden nada para el resto de España, hablan de «cortar las amarras» si los demás españoles no quieren salvarse.

En otras partes también se protesta individual y colectivamente, pero los que lo hacen no son tantos, ni tan poderosos; son muchos los sometidos al yugo de la oligarquía caciquista. También hay sus correspondientes extravíos; no se habla de «cortar amarras», pero se oye decir aquello de «desengañense ustedes, sería igual», «esto no tiene arreglo», «esto sólo lo arreglaría la mano de una nación.....» Esto no es, ya se ve, la protesta ni la rebeldía; es una increíble indiferencia estúpida, de pasividad nirvánica, efectivo síntoma, cierto es, de decadencia, excelente primera materia de esclavos.

En vano se les hace observar que el protectorado, la influencia gestora de las grandes nacionalidades, aun en el orbe de la producción y del bienestar material, de ser algo, son á manera de esponjas destinadas á absorber la sustancia económica de los países protegidos; que en sus tendencias de expansión é ingerencia en casas extrañas, los pueblos no obedecen á móviles altruistas, sino á conveniencias, á puras necesidades orgánicas, y que esa protección no puede extenderse más que á un punto tal, que no permita salir de su condición de inferioridad, á los sometidos; en vano se les ofrece el ejemplo de Portugal, cuyo estado político, social y económico, á pesar de la influencia ingle-

sa, ya secular, allí imperante, es inferior aun al de España, como es sabido y fácilmente demostrable con hechos y datos que citaría si tuviéramos espacio para ello. Objetan que Portugal no ha perdido sus colonias; que Portugal lo conserva todo. ¿En qué condiciones y á título de qué lo conserva? ¿Lo conserva todo y no es dueño ni de sí mismo, ni de la propia Lisboa? Ya sé que se dirá que todo eso no merece ni discutirse, y mucho menos públicamente. ¡Públicamente! De la apariencia de ocultación del mal, de la ficción y el convencionalismo, ni ha salido, ni puede salir, ni saldrá el remedio.

No puede discutirse; pero se discute. En una frase de corte musulmán por su brevedad y su sentido fatalista, compendian su última réplica—¡Pchs,—esclaman—peor que estamos no estaremos!

Y estos agoreros eunucos, no lo son, no, solamente esos tristes famosos estadistas de resolana y estufa; ya se deja ver que, aunque vestidos sus pensamientos de ropaje de más culta y noble apariencia, les acompaña esa pandilla de fracasados, que después de haber puesto la nacionalidad en trance de bancarrota, tratan de extender—ya que no pueden negarlo—el concepto de su fracaso é incapacidad, á todas las fuerzas políticas y sociales, á todos los elementos, á todos los ciudadanos españoles; y se alborozan con la perspectiva de ver entregada la monarquía española á la influencia inglesa, la nación que más, y más de antiguo, nos ha codiciado y que, al fin, pondrá el pie en Madrid, si no como lo plantó en Gibraltar, como le ha puesto en algunas comarcas andaluzas y en las costas y rías gallegas.

Ocho años, después de la terrible lección y á pesar de ella, llevamos sin salir del camino que nos condujo á Cavite y Santiago de Cuba, al tratado de París; como si por el camino del desastre se fuera á otra parte que al desastre. Continuaremos entreteniendo la vida nacional de esperanzas. De esperanzas, engañatiempos, como la receta de Mouriscot.

Seguirán creciendo también—ya se ve—nuestros males. Los síntomas de descomposición se suceden, se repiten, se multiplican. Un, tal vez último, desastre está llamando á nuestras puertas; no lo oímos ó no queremos oírle; le oiremos tarde.

Entre tanto, la vida del Gobierno y aun la del Estado, está casi en suspenso, girando toda en torno á una cuestión en que se ponen empeños dignos de una causa ciertamente de mayor transcendencia; andándose por las ramas de la «forma» en que han de castigarse algunos delitos; estableciéndose divisorias y categorías de patriotismo entre unos y otros organismos del Estado y aun entre estos y la Nación.

¡Oh, Bizancio, Bizancio!

MAGDALENO DE CASTRO.

LA ASAMBLEA DE ZARAGOZA

Hoy sábado 10 tienen lugar las segunda y tercera sesiones de ese gran acto, nacional, más que regional y republicano.

A la invitación de Costa y Lerroux han respondido más de dos mil asambleístas de las once provincias convocadas y muchos de los intelectuales invitados. Nuestro querido amigo D. Luis de Hoyos, que era uno de ellos, indicado para ponente del tema quinto, se ha visto en la imposibilidad de asistir.

A juzgar por la prensa de aquellas provincias y